Los caníbales

Alejandro Camps

Image not found.

Capítulo 1

Había oscurecido cuando sentí la quilla hundirse en la arena. Alcancé a apagar el motor que empezaba a gemir, metros antes de encallar. Salté, y con el agua hasta la cintura y la mochila en la cabeza avance hacia la orilla. Ya en tierra, encendí el farol que llevaba en la mochila y desplegué el mapa sobre la arena. Era difícil descubrir las figuras en el viejo papiro con la escasa luz, pero sabía que en el fondo era innecesario: tenía todo fijado en la memoria. Tantos años de análisis exhaustivo intentando comprender los misterios ocultos detrás de aquel mapa, siguiendo las intrincadas ilustraciones. Horas de insomnio con los libros y el compás trazando líneas interminables sin un destino cierto, hasta encontrar la isla, el misterio, el tesoro, como sacado de las mejores películas de piratas, sólo que en un presente más prometedor. Aunque lo lógico hubiese sido descansar unas horas hasta que amanezca, no pude con mi ansiedad. En el fondo soy de esas personas que leen primero el final, para luego poder disfrutar del relato sabiendo que el destino está establecido y no hay cambios posibles. Es cierto también, que la mayoría de las veces, acercándome al desenlace, intento con todas mis fuerzas dudar, es esa sensación que tenemos al volver a ver ese drama, que tanto nos hizo llorar, una y mil veces, esperando que la suerte del protagonista cambie de algún modo. Pero el destino ya está marcado de ante mano, los dados ya están echados, como suele decirse. Todo este análisis me lleva a una única y simple deducción, que debería haber pensado antes de emprender el viaje: en ninguna buena película de piratas el tesoro es desenterrado; siempre queda escondido en alguna parte como excusa para nuevas y fascinantes aventaras, y como prueba irrefutable de que toda ambición desmedida no es buena consejera.

Emprendí la marcha con la pálida luz del farol proyectando monstruos ocultos detrás de cada árbol. Había logrado avanzar un buen tramo, con algún que otro rasguño, cuando a lo lejos me pareció ver un punto de luz. Me quedé inmóvil, detrás de un arbusto, mirando con el rabillo del ojo. El punto fue creciendo en intensidad a medida que se desplazaba de lado a lado. Parecía como si quisiese hipnotizarme. Y de hecho lo consiguió, ya que en ese momento sentí un golpe seco en la nuca seguido de un fuerte mareo. Luego, el punto se fue desvaneciendo hasta desaparecer. Cuando desperté todo giraba. Intenté palpar mi cuerpo, pero mis manos no reaccionaban. Finalmente conseguí acercar el mentón al cuello y pude comprar dos importantes noticias, una buena y una mala. La buena era que mi cuerpo no estaba paralizado y que mi vista se encontraba intacta. La mala era que estaba amarrado a un espiedo gigante girando como un triste pollo de rotisería, como el de la rotisería de mi barrio, que juro por el tesoro que, el que dejan a la vista, en la vidriera, es siempre el mismo. En vano pedí correr la misma suerte. Lamentablemente, y a diferencia de la rotisería de mi barrio, el lugar estaba lleno de comensales, ansiosos por

comer buena carne.

Y fue esa última palabra, carne, la que me dio la respuesta que necesitaba. Desde mi infancia, sufro de una extraña enfermedad en la piel, que en presencia de un calor excesivo me produce ronchas del tamaño de vaquitas de San Antonio, y ahora que recuerdo, hasta en el color se les parece: rojizo con pequeños lunares negros. He probado cientos de cremas sin resultados satisfactorios. La última, me produzco tal comezón que acabé tres días enteros tendido en una hamaca paraguaya. Ahora que hago memoria, fue la hamaca la que me motivó mí la aventura. Fue una jugada de la mente, la que relacionó hamaca con playa, playa con isla, isla con tesoro.

Procuré asarme lo más pronto posible. Pero como suele suceder, cada vez que uno necesita algo con cierta celeridad, los tiempos se hacen interminables. Finalmente, y cerca de morir calcinado, comencé a notar la presencia de los primeros picores. Intente tocar nuevamente mi cuello con el mentón y comprobé aliviado que era imposible ya que un numeroso ejército de ronchas me lo impidieron.

Fueron los dos primeros nativos que se acercaron a ver como venía su cena los que tomaron la iniciativa al verme. Se colgaron el espiedo al hombro y corriendo me llevaron hasta un barranco, desde donde me arrojaron. Por fortuna fue el tronco lo que primero golpeó con las rocas, partiéndose en dos. De ese modo conseguí caer al agua libre de ataduras. Nadé hasta divisar la lancha que al quedar sin sujeción se había adentrado en el mar. Conseguí subirme a pesar del dolor del golpe y las ampollas y emprendí el regreso, un regreso sin mochila, sin mapa y sin tesoro, pero con la firme certeza de que los dramas nunca cambian su final.

FIN